

chileno. Se conseguiría ello, si se tradujera a otras lenguas romances y sajonas como lo merece. El estudioso europeo tendría así ocasión de enfrentarse con un amplio y perfecto panorama, en el cual junto al quehacer sarmientino, hallaría el desarrollo conceptual del autor sobre lo que debe ser el proceso educacional latinoamericano, como obligada meta y lógica herencia, del porvenir que aguarda a las promisorias tierras de nuestro continente.

En la quinta y última sección, que el autor denomina "Sarmiento y la Política Educativa", hallamos al profesor Sanhueza Arriagada considerando "la importancia de la escuela como factor de unidad nacional", estudiando exhaustivamente la influencia de la institución, particularmente como dependencia gubernamental, obligatoria, gratuita y laica. Según el autor, Sarmiento encaró el problema, hoy célula viva de la Sociología Política, subrayando que ella es el instrumento más valioso, insustituible, para "la elaboración de nuestra nacionalidad". En este renglón, como en tantos otros, la visión del Maestro se anticipó en tiempo y espacio a la de otros sociólogos posteriores, todavía empeñados en la búsqueda de los factores geográficos, etnográficos o económicos, que pueden conducir a la solución del magno problema.

Se analizan, pues, en este párrafo, las proposiciones y realizaciones de Sarmiento bajo la lente de la Política, y ello no sólo como prueba de un ejercicio electoral al cual necesariamente conduce el elemento unificador nacional que es la Escuela, sino como fuerza vital, en el sentido de que el individuo, científica y técnicamente mejor dotado, producto de la enseñanza calificada, resulta superior ciudadano del país y del mundo. A la vez, tal individuo deviene ser pensante y actuante en todo aquello que tanto interesa a la democracia moderna, esto es, convertir a cada sujeto en "factor social", que colabore "en la formación de la opinión pública" honestamente. La opinión pública, insistimos, libre, justa, soberana, que a su vez se revierte sobre la Escuela, permitiendo gradualmente la adquisición de un eficiente "entendimiento de clases", comprensión que para Sarmiento se inicia en "los bancos de la Escuela Común". Así, termina corroborando nuestro autor, arribamos a "una escuela de orientación nacional; no nacionalista, de clarísima definición nativa, como deben ser todas las de este continente colombino en el período de organización de nacionalidades... y de fusión extranacional".

Estas ideas, hermosos ideales, tienen absoluta y urgente vigencia en nuestros días —concluimos diciendo— para resolver parcialmente los problemas de nuestra época, de las Repúblicas hispanoamericanas.

VIRGILIO CUTINELLA.

<https://doi.org/10.29393/At401-87ESCZ10087>

Ensayo sobre subversión, de H. A. MURENA

Editada por "Sur", acaba de aparecer en Buenos Aires, una nueva obra de H. A. Murena, escritor argentino entre los más jóvenes y celebrados, cuya singular capacidad para abordar diversos géneros literarios le valiera en todos los campos codiciadas recompensas.

Así, su primera novela, *La fatalidad de los cuerpos* (1953), conquistó el Tercer Premio Nacional de Prosa; su obra dramática, *El juez* (1955), el Segundo Premio Municipal de Teatro; *Homo Atomicus* (1961), el Primer Premio Municipal de Ensayo, distinción idéntica a la que fuera concedida a *El pecado original de América*.

Precisamente, muy lejos de los pausados movimientos de sinfonía de *El pecado original de América* (1954), está la reciente entrega de Murena, *Ensayo sobre subversión*. Escritos sobre subversión y con exasperación, aunque no hasta el punto que el propio Murena señala en algún pasaje ("ay de quien emplee ahora un lenguaje articulado, ay de quien se aventure en público a seguir hasta el fin las geometrías de una idea"), aludiendo al actual movimiento irracionalista (en el que "toda coherencia, en el campo de la escritura, se ha tornado irrisoria, odiosa y culpable"). Sí, tal vez, hasta el que llevaría —en zona que con similar precisión registra la crisis que atravesamos— desde la medida de *Sinfonía en Re*, de César Frank, hasta el equilibrado caos de *Erwartung*, de Schoenberg. Es decir, diferencias de forma en un lenguaje que ilustra —entonces como ahora—, el vuelco excepcional que las circunstancias que aquél se propone expresar han dado en el lapso de casi diez años que media entre uno y otro libro.

Común a ambos, el carácter de ensayo, al que Murena define como "vacilación afortunada de la cultura" . . . "que se detiene para reflexionar sobre su camino, para encaminarse", y cuya misión es la de volverse contra las falsas certidumbres. Común a ambos, la preocupación ante ciertos temas: el simbolismo de la severa elección a la que se sometió Horacio Quiroga; el indigenismo literario y las limitaciones que lo agostan cuando considera a la cultura una mera arma revolucionaria; la actitud de "los parricidas" (título del primero de los ensayos de *El pecado original de América*, que sirvió a Rodríguez Monegal para calificar, en la generación de Murena, una postura inesperadamente precursora de la de los *beatniks* y de los *angry young men*) y su inevitable consumación cuando, como en el caso de Poe, responde a "la necesidad de atacar el anquilosamiento histórico, la historia, la necesidad de matar lo muerto para vivir"¹; o su índole prescindente cuando, como en el caso de Leopoldo Lugones, no necesitaba "olvidar, censurar lo europeo para acceder a lo vernáculo"². Común a ambos, la densidad apabullante de conocimientos que permiten al autor —con perspectiva y hondura, agudeza y refinamiento, intensidad y severa ironía— brindar una sensible y comunicativa exposición de apasionante y, por qué no —en cuanto describe sin concesiones la dura realidad que nos rodea— dolorosa lectura.

Aunque independientes, los cuatro ensayos que componen el libro tienen interrelación progresiva. Protagonista de todos ellos es *la subversión* ("movimiento natural del espíritu en cumplimiento de su vida"), procurando ba-

¹*El pecado original de América*: "Los parricidas: Edgar Allan Poe". ²*Ensayos sobre subversión*: "Ser y no ser de la cultura latinoamericana".

rrer con lo muerto, pero —agrega Murena— con lucidez suficiente como para no aceptar otras subversiones que puedan arribar a callejones sin salida.

El primero, "La subversión necesaria", alude a la que cuadra a esas fascinantes criaturas ("conciencia expresiva del hombre común"), que caen en la "extravagancia de escribir", firmes ante un camino "estrecho, oscuro y difícil", habitantes de otro reino, en el que se suceden permanentes muerte y resurrección, deseosas de una "transfiguración íntima" del ser. El ensayo comienza en un tono de farsa que paulatinamente se evade para lindar con la poesía: "Lo que te reprocharán es ser tú mismo..." "...¿Cómo dejar de serlo? ¿Por qué dejar de serlo?". ¿Para ser aceptado —precisa Murena— sólo cuando te halles bien muerto, rígido, con todo el aspecto de no poder causar ya ningún daño...

En *Historia de algo que ocultamos*, el autor desautoriza en la pornografía la posibilidad de ejercer influencia perniciosa sobre la sociedad; la considera desde el punto de vista artístico ("¿está bien expresado aquello que se quiso expresar?"); la califica "tema para gentes que abofetean sus conciencias sucias en las mejillas de los otros". Incorpora la curiosa interpretación de un Sade asceta, al que obsesiona "algo que trasciende el sexo, algo que está allende el principio del placer". Enjuicia, como una de las causales de la desatada pornografía actual, del encono suscitado por la larga represión, al combate sin tregua entre cuerpo y alma que la cristiandad ha hecho suyo a través de dos mil años.

La conciencia de las propias limitaciones, dice Murena en "Ser y no ser de la cultura latinoamericana", conduce a esta parte del continente a un propósito de verdad que cristaliza en una enorme fuerza. Consecuencia de ella serían un intento de "reforma vertical de la sociedad" y una rápida sensibilidad ante el fenómeno de lo mundial (Murena habla del "dudoso privilegio de poder adelantar ciertos deterioros", del que goza América; en *Homo Atomicus*, él mismo acaba de ejercerlo rigurosamente). El *sentimiento* que revelan las obras literarias prominentes ("el más intenso y profundo anhelo de concordia entre todos los hombres") es considerado por Murena como esencial aporte de América Latina a Occidente. Luego, el análisis punzante que no elude calificar a esas ayudas que se prestan —en arriesgada desestimación del más débil— cuando ya no constituyen un remedio, crea el crescendo adecuado para el cuarto ensayo.

Un tema candente se enciende bajo el título "El estridor del conformismo". Para describir la pugna entre Oriente y Occidente, Murena se vale de las supuestas reflexiones que un soldado lucubra en el transcurso de una guardia. Las trampas de la propaganda y las limitaciones de la prensa; el deslumbramiento que ejerce el marxismo al lado del interés que despierta lo dialéctico, no el sufriente hombre concreto; el hambre crónica que cubre a mil setecientos de los dos mil quinientos millones de seres vivos y otras cuestiones posibilitan al soldado —luego de enumerar hallazgos, consignar intuiciones, elaborar conclusiones de sombrías apariencias— y ante un mundo que "se apresta a cambiar otra vez de piel", en el que "una sola vez vivimos, por breve tiempo, para una tarea interminable", para valorar la voz de Sócrates

quien, desde una lejanía de milenios, recuerda la importancia de que cada cual vele, más que por sus intereses, por llegar a ser más bueno y más sabio; también le permiten aceptar la sabiduría oriental: "para dar un salto adelante es preciso retroceder antes, a fin de cobrar el imprescindible impulso".

En andante o en molto vivace, es común a ambas lúcidas entregas un canto de fe no elaborado *sino vivo*. Lo es también a Elsa, protagonista de *Las leyes de la noche* (1958) quien, aunque dolorida, deshecha, marcha "con la cabeza alta, como embriagada por la invulnerable riqueza de quien lo había perdido todo".

CELIA ZARAGOZA.

La Sospecha, de FRIEDRICH DÜRRENMATT.
Compañía General Fabril Editora, B. Aires, 1962

En su última novela, *La Sospecha*, el autor suizo Friedrich Dürrenmatt vuelve a presentar el tema que parece inquietarle preferentemente: el de la Justicia. Este mismo tema ha sido desarrollado, aunque con enfoques diversos, en novelas anteriores, como *La Promesa*, *El Juez y su Verdugo*, *El Desperfecto*, y también en piezas teatrales, como *La Visita de la Anciana Dama*.

En *La Sospecha*, el conflicto moral se entabla en un plano casi abstracto: por una parte, está la Ley, encarnada en la figura del viejo inspector de policía Bärlach; por otra, el Espíritu del Mal, personificado por un ex médico de un campo de concentración nazi.

El comisario Bärlach yace postrado en la cama de una clínica. Sufre de un cáncer que le ha sido extirpado, pero él comprende que ha llegado al final. Sin embargo, a pesar de su enfermedad y las consecuencias morales de ésta, su fe en los valores tradicionales de Occidente, por los que luchó su vida entera —cristianismo, justicia, tolerancia, humanismo, amor al prójimo— no se ve menguada. Por el contrario, la "sospecha" de la presencia de un criminal de guerra en Suiza, despierta en él la indignación propia del hombre de justicia. "Debe hacerse justicia. La ley es la ley" —continúa siendo su lema. Y no vacila en planear la captura del sádico cirujano que acostumbraba a practicar entre los prisioneros del campo, operaciones en el abdomen sin aplicarles anestesia. Con la ayuda de un extraño personaje que se hace llamar Gulliver (que no es otro que el Judío Errante), ahora un hombre muerto para la vida civil luego de haber pasado por todos los campos de concentración de Europa, Bärlach ubica al famoso doctor Emmenberger, el criminal que, una vez finalizada la guerra, había conseguido refugiarse tras la máscara de un respetable director de un sanatorio de lujo, donde podía continuar con tranquilidad sus prácticas sadistas.

Al igual que la mayoría de las novelas que conocemos de Dürrenmatt, *La Sospecha*, está armada como una narración policial. Pero al carecer de la maestría de una Agatha Christie o de un S. S. Van Dine, el autor suizo,